

—¿Me deja Vd. sólo? ¡Por Dios! No me deje Vd. sólo!

—Sí. Mi compañía de nada podría servirle en su drama que ignoro y que prefiero seguir ignorándolo. ¡Adiós!

Mi coche partió a escape y Hamilton se quedó recostado en uno de los faroles de la Avenida de los Campos Eliseos.

Me acometió de nuevo la debilidad y me asomé a la ventanilla del cupé. En la lejura ví la llama de un fósforo. Hamilton encendía un cigarro. Tuve un amago de pena por aquel hombre extraño; la conciencia me remordió al pensar que cinco minutos de consuelo pudieran evitar que aquel hombre cumpliera su amenaza de matarse... Y le golpéé en los cristales al cochero para que se detuviera.

—¡Vuelva Vd. hasta el Arco de la Estrella!

Volvimos, pero inútilmente. Hamilton había desaparecido

---

Estaba en mi cuarto del hotel realmente preocupado por la suerte de aquel hombre. Las agitaciones de la noche, el exceso de comida, de alcohol y de tabaco, me desvelaron en absoluto. Para calmar mis nervios resolví bañarme. Mientras se llenaba la pileta intenté pasar revista a los periódicos de la noche. Mis ojos miraban pero no leían las letras. La cara de Hamilton, exangüe, se me aparecía como un espectro. Sentí pasos. ¿Sería él? Cuando el taconeo se confundió con el ruido del chorro del agua abrí la puerta. Sí; era él que entraba a su departamento situado a pocos metros del mio. Hice un supremo esfuerzo de voluntad para no llamarle y volví a correr el pestillo.

No había pasado media hora, cuando llamaron violentamente a mi puerta. Al abrir, se precipitó en el cuarto Hamilton que traía un maletín de cuero de Rusia.

—¡Guárdeme Vd. esto! Salve Vd. esto!... me dijo con